

Ariovaldo Ramos

La Iglesia como tercera hija

Lectura bíblica: Lucas 15.11- 12

“Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde; y le repartió los bienes”.

Esta es una palabra muy conocida, pero quería compartir con ustedes algunas impresiones.

La primera es que acá tenemos un hombre con dos hijos. Cuando el hijo menor sorprende a su padre con esto, el hijo mató al padre en su corazón. Rompió con el padre y se fue. Él fue sorprendido por la vida, y, sin el padre, no supo qué hacer; tiró todo por la borda y llegó a la miseria. Entonces, estando allí lejos, el padre resucitó en su corazón. Finalmente comprendió la bondad del padre; simplemente al pensar en lo que el padre hacía con sus empleados, el padre resucitó en su corazón. Él volvió solo para pedirle empleo, no sentía que tenía la posibilidad de ser tratado como hijo. Fue entonces que el padre sorprende al hijo. Antes de que el hijo terminara su discurso de pedido de perdón, el padre lo abraza y lo lleva al seno de la familia, le da el anillo de la familia y la ropa de príncipe.

Y ahí, en este momento, sin percibirlo, el padre comete un error, manda a matar al becerro gordo para hacer un asado en homenaje al hijo más joven. ¿Por qué digo que cometió un error? Por dos motivos: Primero. Porque el becerro pertenecía al hijo mayor; pues cuando el menor pidió la herencia, el padre repartió los bienes entre los dos. De modo que ese animal era del hermano mayor. El segundo motivo por el cual digo que el padre cometió un error es que él esperaba algo diferente del hijo mayor. Él pensó que tenía un hijo, y allí descubrió que tenía otro. Cuando el hermano mayor llegó, al ver la fiesta, dijo: “Yo no quiero participar de esto”. Y ahí asombró al padre. El padre estaba contando con que el mayor iba a celebrar igual que él el regreso del hermano menor. Pero él, no solo no lo celebró sino que sorprendió al padre al demostrar que su corazón jamás había estado sintonizado con el corazón del padre. Le dijo: *“He aquí, tantos años te sirvo... y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos”*. El padre quedó asombrado, pues él entendía que lo que era de él era de los hijos. Además, él ya había repartido sus bienes a sus dos hijos. Por eso el padre le dice: “tu podrías haber hecho tantas fiestas como hubieras querido”. El problema, una vez más, estaba en el corazón de los hijos. El primer hijo tuvo problemas con el padre, y el segundo también. El corazón de ellos no estaba

sintonizado con el del padre. Ellos conocían la ley del padre pero no el espíritu o el corazón del padre.

Yo creo que Jesucristo al hablar de estos dos hijos, en realidad nos está tratando de hablar de un tercer hijo; aquel hijo que el padre le hubiera gustado haber encontrado el día del asado. Cuando Jesús llegó a la tierra encontró a su pueblo dividido en dos grupos, como lo describe Lucas en el mismo capítulo 15 de esta parábola, en los versículos 1 y 2: *“Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come”*. Unos, los publicanos y pecadores, aquellos que en algún momento se alejaron de Dios, se parecen al hijo más joven que pidió su herencia y se fue. Los otros, los fariseos y los escribas, están representados por el hijo mayor que se quedó con el padre, aparentemente. En realidad ellos decían del Padre algo así: ‘mal con él pero peor sin él, así que mejor me quedo’. Pero nunca comprendieron al Padre. Tal vez por eso espantan a los hermanos más jóvenes. Yo pienso que Jesús está hablando de un tercer hijo, que yo llamo la iglesia, una hija tal vez. Ella sí, amaría al Padre por el Padre mismo. Y amaría a los hermanos por los hermanos. Ella, la iglesia, sería el tercer hijo o la tercera hija que viviría siempre con el Padre, por el Padre y a través del Padre. El Padre sería su fuente de placer, su fuente de vida. Los hermanos serían sus sueños misioneros. Iría a buscarlos para recuperarlos. Hacer cualquier sacrificio para que ellos conociesen al Padre como en realidad el Padre es.

Yo entiendo que cuando Jesús relataba esto, al encontrar a su pueblo dividido en estos dos grupos que no supieron entender al Padre, y al exclamar: *“Yo edificaré mi iglesia”*, estaba queriendo decir: Yo voy a generar el tercer hijo, que va a amar al Padre como yo lo amo, que lo va a servir como yo lo sirvo, que va a tener en Él el mismo placer que yo siento, que su comida y bebida será hacer la voluntad del Padre, y que amaré a sus hermanos como yo los amé hasta el punto de dar mi propia vida. Yo pienso que ésta es nuestra vocación. Nosotros somos líderes de la iglesia del Señor por la misericordia inexplicable de Dios, y entiendo que ésta es nuestra misión.

Es interesante pensar que esta parábola esta secundada por otras dos. La primera, la de la oveja perdida. *“¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla?”* ¿Cuál es la respuesta a una pregunta de este tipo? La respuesta es: Nadie. Nadie dejaría noventa y nueve ovejas en el desierto para ir a buscar una. Primero iría al corral a llevar las noventa y nueve, y luego vería que se podría hacer por la que se perdió. Y Jesús pareciera decirnos: Yo voy a generar un nuevo hijo que va a hacer cualquier locura para buscar a los que están perdidos; cualquier sacrificio.

Y la otra parábola: *“¿O qué mujer si tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla?”* . Esto nos hace

sentir que la dracma es muy valiosa. Parece que Jesús está diciendo: Voy a generar un tercer hijo para que todo ser humano sea rescatado a través del trabajo que haga falta.

Finalmente quisiera decir que ser el tercer hijo implica algo más. Sí, implica amar al Padre como Cristo lo amó al punto de hacer de la voluntad del Padre su comida y bebida, su placer y alegría, amar a los hijos de Dios como Cristo los amó al punto de dar su vida por ellos; pero además significa cuidar las cosas del Padre. Teniendo en cuenta lo que aquel padre le dijo al hijo mayor: *“todas mis cosas son tuyas”*, yo pienso que todos los líderes de la iglesia de Jesucristo, como lo son ustedes (y no me incluyo en este grupo selecto), precisan servir como altos oficiales de las fuerzas del reino de Dios, el comando superior, los grandes estrategas. Pensar en las cosas del Padre, en lo que le interesa al Padre en esta tierra donde estamos, para que la voluntad de él sea hecha, su gloria reconocida y su Nombre exaltado; a fin de que los hombres conozcan a Dios. Por que no hay un ser humano que no subsista por la gracia de Dios. Y nuestro papel es hacer que ellos reconozcan a Dios, a Aquel de quien todos ellos dependen y por causa de quién continúan viviendo. Nosotros delante del Señor tenemos esta responsabilidad. No estamos aquí para tomar lo que es del Padre y hacer lo mismo que hizo el hijo más joven. Tampoco para hacer lo que hizo el mayor. Entendiendo que somos solo esclavos, pero Jesucristo dijo: *“Ya no os llamaré esclavos, porque el esclavo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos”*. Pero al amigo se le cuenta todo, del amigo se espera cooperación. El amigo se involucra, se ocupa de nuestras cosas como si fuesen suyas. ¡Oh, que por la gracia de Dios nos volvamos estrategas! Y que mirando al mundo nos digamos: ¿Dónde lo vamos a atacar? ¿Dónde vamos a establecer la autoridad de nuestro Señor y Salvador Jesucristo? ¿Dónde vamos a evangelizar? ¿Dónde vamos a cubrir con intercesión? ¿Dónde vamos a volcar nuestros esfuerzos?

Ariovaldo Ramos